



EN EL OTRO BAR. ENTREVISTA CON ÁLVARO GARCÍA

GUILLERMO LAÍN CORONA
UNIVERSITY COLLEGE LONDON

Álvaro García (Málaga, 1965) es poeta. Ha colaborado largamente en prensa (veinte años, los últimos cinco en 'El Mundo', como columnista literario). Ha cultivado también el ensayo (Poesía sin estatua, de 2005 y señalado por Vicente Luis Mora como la obra de “una de las mentes jóvenes más lúcidas de la literatura española”¹) y, como doctor en filología hispánica, la crítica literaria. Fue premio Hiperión de poesía, por La noche junto al álbum (1989), y entre sus últimos poemarios está El río de agua (2005). Puede consultarse más sobre su obra en: www.alvarogarcia.org

“Yo no creo que la literatura deba atribuirse demasiadas tareas externas”

Tengo yo para mí que Málaga es, más que nada, una ciudad destartalada. No tiene la belleza monumental de Granada o Córdoba, mucho menos el cosmopolitismo de Barcelona, ni, qué decir, la espectacularidad de París. Es

¹ Vicente Luis Mora: “Ensayo español 2005: entre filosofía y literatura”, en AA.VV., *Siglo XXI. Literatura y cultura españolas. Revista de la Cátedra Miguel Delibes*, 4 (2006), pp. 145-172 (p. 153).

más como Londres, a lo chico. Su encanto procede de un emotivo desorden, como el fluir libre y descontrolado de la vida, con la misma intensidad, con la misma comodidad de *ser* sin pretensiones, con la frescura del mar y el placer de los espetos de sardinas. En Málaga se está bien. Con la despreocupación de nombres sin misterio: con el Paseo del Parque, que es eso sin más, una avenida/paseo con un parque; con la Alameda, otra avenida más allá, dominada, claro, por álamos; con el Parque del Oeste, todavía más lejos, siendo parque en el oeste; con una tetería, famosa después de tantos años, simplemente de nombre La Tetería; con un bar que no es *ése*, sino, tan sólo, El Otro Bar... Con esta comodidad malagueña, quedo con Álvaro García en este sitio encantador, por su toque ¿premeditadamente? *cutre*, tan de aquí, un toque que es más bien una especie de pose o vanagloria de decadencia y sabor romántico, bohemio, hermoso por su distensión.

Llego tarde. Álvaro me está esperando de pie. No ha tomado asiento, prefiere pasearse, le rodean la oscuridad de la tarde invernal (es 10 de noviembre, anochece muy pronto, son, en todo caso, las nueve), está junto al bar, y el bar en un callejón protegido por el magnífico edificio del Cine Albéniz, casi único bastión cinematográfico a la antigua usanza, pequeño, recogido, céntrico, no el gran cine de centro comercial a las afueras. Es un cine muy idiosincrásico para Málaga, como una de esas ruinas fascinantes, inverosímil en la capital de la especulación urbanística. El callejón donde está El Otro Bar (donde me espera Álvaro) es un reducto escondido, superviviente, respecto de la calle Alcazabilla. A ésta la han convertido últimamente en atractivo turístico, con bares de moda y tiendas de suvenires, peatonalizada, en los alrededores del Museo Picasso, a los pies de la Alcazaba y del Teatro Romano (¡no hay nada que hacer, nombres sin rodeos para Málaga!), pero calle todavía malagueña inevitablemente, destartalada a su pesar, pues lleva de obras años incontables, y ahora, cuando yo ya estaba convencido de que el Ayuntamiento había alcanzado el momento cumbre de cicatrizarla, más todavía. Para llegar a ese Álvaro que me espera en el

callejón, tengo que sortear unos nuevos socavones en calle Alcazabilla, y me admiro por las ¿ruinas fenicias? que se pueden ver, sin saber si llegarán a preservarse o se enterrarán de nuevo especulativamente.

¿Será este destartalo malagueño la base de tantos poetas, y tan grandes? Vicente Espinel áureo, Salvador Rueda modernista, y otros tan cercanos, sobre todo los muchos malagueños del 27: Altolaguirre, Hinojosa, María Victoria Atencia, Emilio Prados... No sólo se vive bien en Málaga. Un poeta, un aspirante a poeta tiene material aquí para serlo. Álvaro García me lo confirma. Viene del Centro Cultural Generación del 27, donde ha editado y publicado recientemente *Pararnos y mirar* (2009), una antología de poemas de ingleses ilustres (Wordsworth, Eliot, Dylan Tomas...), según la traducción de otro poeta malagueño: José Antonio Muños Rojas.

Empieza muy sin rodeos la entrevista, y empieza sin serlo siquiera, antes de abrir yo mi cuaderno de notas, nada más nos ponemos a hablar. Preferimos sentarnos en la terraza (¡Málaga, ciudad cálida sin distinguos climáticos!). Álvaro pide un tinto con casera. Yo, una cerveza. Departimos de nuestras cosas un rato, y poco a poco, sin darme cuenta, estamos ya hablando del tema que nos ha reunido esta noche. Tengo que tomar lápiz. Cuando se da cuenta, Álvaro me pregunta si no tengo una grabadora. “Eso quería yo —le digo—, había pensado usar el portátil (lo traigo conmigo), pero sin enchufes cerca, va a ser difícil”. E insisto: “Seguro que sale algo mejor con una conversación casual, ya sacaré algo con las notas que tome”. Confío, en cualquier caso, en que seré fiel, dentro de las mentiras de la escritura.

Es la política lo que nos interesa, para darle lustre al nuevo número de *Cuadernos de Aleph*, que es un monográfico sobre este tema, le explico: política y literatura. Y él: “Yo no creo que la literatura deba atribuirse demasiadas tareas externas a la literatura”. Esta es su conclusión: “Es, ante

todo, el compromiso con la literatura”. Le pido que desarrolle su pensamiento: “Toda literatura que se comprometa con las necesidades últimas del proceso creador y con su relación con lo humano hace avanzar a la humanidad”. “Descreo de que se le impongan tareas a la literatura”. “El compromiso ha descuidado el proceso poético. Piensa en Alberti —me dice—, a partir de los años ‘30”. Me explica que éste no le gusta cuando se pone a hacer panfletos, sermones. Porque: “el sermón parte de ya tener una información que dar de antemano, y la poesía es todo lo contrario, la información en poesía se desarrolla indirectamente, se plantea por el lenguaje, y si un día te aburres del mensaje, al menos te quedan las imágenes”.

Álvaro me deja hecho polvo, no veo el material para sustentar el tema de la revista, y le pincho un poco: “Algo habrá que te guste con cierto tono político”. Asiente, para consuelo mío: “La poesía satírica sí me gusta, Catulo, Marcial, incluso cierto Alberti...”. Interrumpe de pronto su hilo argumental, para advertirme de que él tendría, en todo caso, que hablar de poesía, por eso sus ejemplos... Yo aprovecho para sacarle información. “Bueno —le pregunto—, me dijiste por teléfono que has quedado entre los finalistas del premio Herralde de novela”. Me lo confirma, pero prefiere retomar sus ideas. Se explica con el ejemplo del americano Ezra Pound, que, dice Álvaro, fue un poeta social, pero que no comprometió explícitamente sus poemas. La manera que tiene Álvaro de describir a Pound es fascinante: “Él actúa como una especie de detective. En vez de decir que la usura es mala, aplica una lupa sobre la realidad, y es el espectador el que tiene que ver la usura, como en la famosa escena del comienzo de *El acorazado Potemkin*, cuando la tripulación se niega a comer carne en mal estado. El espectador lo ve porque se acerca la cámara a los gusanos, y se indigna. Así se indigna también el lector de Pound. Él, en lugar de clamar contra los usureros, pone al descubierto la usura, y nos dice que el color esmeralda no

encuentra su pintor, etc.”². Contundentemente, se reafirma Álvaro: “La poesía satírica no abandona la necesidad poética de ser expresión total, sólo entonces se es revolucionario”. Como me sorprende de este comentario, le hablo de Jorge Guillén, cuando se defendió de los ataques de ser deshumanizado diciendo que, en última instancia, toda poesía la hacen los seres humanos, con lo que no puede no ser humana. Y me replica Álvaro: “los poemas de Guillén que más parecen caprichos aguantan una relectura, porque trascienden las ideas pasajeras, y así se recicla y no aburre. Yo creo que lo menos revolucionario es el aburrimento. Muchas veces nos movemos por amor, por entusiasmo, por pasión, y los mensajes unidireccionales, el mensaje político, no nos mueve, nos aburre”. Vuelve a poner un ejemplo maravilloso: “Según Steiner, el poema que se queda en la memoria actúa como un marcapasos de la conciencia³, se adapta a ti, te influye, en este compromiso sí creo, pero eso no se puede dejar en manos de un político, para eso es mejor escribir artículos, y eso es otra cosa, no es poesía”.

Como a mí me gusta la polémica, aprovecho sus palabras para llevarle a un terreno que me exalta. Él ha hablado del político, y le pregunto cuánto hay de política en el mundo literario, ese mundo de los premios, de los certámenes, de corrupción... Me interrumpe: “Tú estás asociando la política con la corrupción, pero la política es todo lo que se hace en sociedad, y se intenta que la sociedad mejore. No es justo asociar la política con la corrupción, pero, claro, hay una parte...”. Se hace un breve silencio,

² Se trata del cantar XLV de Ezra Pound, “With usura”: “With usura hath no man a house of good Stone / each block cut smooth and well fitting / that delight might cover their face” [Con usura no tiene el hombre casa de buena piedra / con bien cortados bloques y dispuestos / de modo que el diseño lo cobije]. La parte a la que se refiere Álvaro, dice: “Usura rusteth the chisel / It rusteth the craft and the craftsman / It gnaweth the thread in the loom / None learneth to weave gold in her pattern; / Azure hath a canker by usura; cramoisi is unbroidered / Emerald findeth no Memling” [Usura oxida el cincel / Oxida la obra y al artesano / Corroe el hilo en el telar / Nadie hubiese aprendido a poner oro en su diseño; / Y el azur tiene una llaga con usura; se queda sin bordar la tela. / No encuentra el esmeralda un Memling]

³ Concretamente, dice George Steiner: “Lo que sabemos de memoria se convierte en un instrumento de nuestra conciencia, un ‘marcapasos’ en el crecimiento y la complicación vital de nuestra identidad” (*Presencias reales*, Barcelona, Destino, 1991, p. 20).

e insisto en mi pregunta. Se lo piensa, y me responde: “Creo que hay premios honrados. Yo no me he metido mucho en ese mundo, siempre quedo segundo en cualquier caso, me dicen siempre que por un voto. En mi *curriculum* podría poner todos los premios que no he ganado”. Nos reímos. Parece, sin embargo, que no está muy interesado en este tema, quiere zafarse, y me resisto. Me explica: “Yo es que estoy demasiado metido en *la cosa*, el texto, el poema, la novela y, si tuviera más lectores, no sólo los quinientos que puede que tenga, tal vez tendría algo de perspectiva sobre esta dimensión externa. Me tiene absorto *la cosa*, y si acaso aspiro a quedar el segundo. Ya hemos asumido que para ser el primero...”. Pienso: aquí Álvaro ha hecho la concesión más cercana a la corrupción del mundo de los premios. Pero puntualiza: “Los premios no engañan a nadie, están ahí para lo que están, no para sacar talentos, como antes”. Nuevo silencio. Yo se lo agradezco, porque de otro modo no lograría anotar yo tanta palabra interesante. Salta Álvaro de pronto: “Claro que gané el premio Hiperión, y me vino muy bien, como a todos”. Con esto, se permite Álvaro otro de sus ejemplos geniales: “Don Quijote dice algo así como ‘procure vuestra merced llevar el segundo premio porque el primero se lo lleva el favor, si bien de todos modos qué gran cosa ser primero’⁴”.

Parece ya cansado del tema, y sospecho que el próximo que le voy a sacar tampoco va a ser de su agrado, se sale de *la cosa*. Quiero saber si hoy no se escribe demasiado, si no se lee muy poco. Me dice: “Bueno, hay dos tipos de escritura. Está la escritura por desahogo, todo el mundo escribe por Internet, microrrelatos, haikus..., que es muy respetable”. Quiero creer (porque yo mismo así lo pienso) que Álvaro está dando a entender una suerte de narcisismo pseudoliterario en nuestros días. Él apostilla algo, que tan de perlas viene para este número de *Cuadernos*: “Con Internet, el

⁴ Se refiere Álvaro a *Don Quijote*, segunda parte, capítulo XVIII: “procure vuestra merced llevar el segundo premio, que el primero siempre se le lleva el favor o la gran calidad de la persona, el segundo se le lleva la mera justicia, y el tercero viene a ser segundo, y el primero, a esta cuenta, será el tercero, al modo de las licencias que se dan en las universidades; pero, con todo esto, gran personaje es el nombre de *primero*”.

compromiso es con uno mismo, con el ser humano de todos, y eso justifica la literatura de todo el mundo. Es la gran democracia, el acceso al sentido último de la cultura, que es inevitablemente un poco descafeinada”. Nuevo ejemplo ilustrativo, del Romancero: “Yo no digo mi canción sino a quien conmigo va”⁵. Finalmente, concluye: “Pero la Literatura... Hoy te pones a buscar un Eliot, y es muy difícil. Yo me he quedado en el *Modernism* anglosajón, porque no he visto en ningún otro lado esa capacidad de transmitir emociones y divertir a la vez. O bien porque todos los poetas actuales, al final, somos hijos del *Modernism*”. La idea le hace retomar un argumento previo: “Se trata de no aburrir. Shakespeare no es aburrido, hable de lo que hable. No así el Renacimiento, que es tan adornado”. No puedo evitar, ante esto, preguntarle si él es más de los polos barrocos de la historia literaria, del medievo. Me explica: “Ahora que soy tutor de literatura española en la UNED, me estoy relejendo *El Cid*, el Arcipreste de Hita, junto a Fray Luis y otros renacentistas... Excepto Aldana, tal vez, el Renacimiento es todo muy aparente, superficial, como en *Desayuno con diamantes*”.

Se me están acabando ya, a estas alturas, las preguntas que quería hacerle, pero me doy cuenta de que está bien, que ya tengo un buen material. Aunque no quiero dejar de meter el dedo en el ojo, ser molesto con el mundo literario. Le pregunto a Álvaro por el mercado de la literatura. Aquí es más evasivo todavía que cuando le hice hablar de la política de certámenes. Se resiste. Le pongo ejemplos claros, un Arturo Pérez Reverte, un Antonio Gala, por su literatura de poca enjundia... Soy cruel en mi apreciación. Álvaro es más prudente: “Son autores que he leído poco, a Reverte nada en realidad. Pero hay una diferencia, creo. Uno de los dos tiene temblor al escribir, aunque sea un poco cursi. Pérez Reverte no quiere más que divertir, claro que esa es una de las misiones de la literatura desde el comienzo de los tiempos. Antonio Gala ha hecho algo bueno, y es lograr

⁵ Aquí la referencia de Álvaro es al romance de *El infante Arnaldos*.

que un poeta venda. Hay poetas muy estafadores, no quiero decir nombres, pero los hay, porque van de nobles y auténticos, pero...”. Me da lástima que no concluya la frase, pero no tengo tiempo, tomando notas, de interrumpirle para que lo haga, y sigue: “Ya quisiera yo ser un Antonio Gala, lo que pasa es que yo lo haría de otra manera. Él tiene el truco de lo aforístico, un poco resumir lo que el lector tiene que sentir, también tiene un conceptismo ligero, como un Gracián pasado por agua, abusa de algunos juegos de palabras muy simples. Es un resultón, diría yo”.

Mi última pregunta tiene que ver con él. Qué hace él. Qué le gusta escribir. ¿Es Álvaro García más un clásico o un experimentalista? ¿Qué temas son sus constantes? Yo, la verdad, no me espero la respuesta que me da: “No me preocupo por qué corriente tengo que coger como quien coge el autobús. Aunque más bien soy clásico. Desde luego, no pretendo inventar nada. Yo quiero ofrecer lo que veo. Estoy convencido de que el lenguaje obedecerá si trabajo a fondo.” Le comento que, por este último comentario, por cosas que ha dicho un poco antes, parece un poeta de lenguaje, en la línea de la poesía vanguardista, como un Guillén, como un Salinas, como un Dámaso. Me responde, evitando etiquetarse: “Nadie que trabaje la poesía en serio se preocupa de qué corriente va a inventar. La vida es demasiado tremenda como para eso, y el lenguaje es suficientemente expresivo para todo. Ahí voy. A producir un efecto. La vida tiene unos procedimientos; la poesía, con el lenguaje, tiene que ser igual. Por ejemplo, la vida se define como movimiento, y yo intento reproducirlo. Mucha gente piensa: ‘ahora voy a hablar de unos pececillos’. Yo los tomo como pretexto para que el poema se mueva como los pececillos”.

Para darle una puntada final a la entrevista, le insisto un poco, como un cierre que aborde el tema de *Cuadernos* en este número. Le digo: “Se ve, Álvaro, que lo tuyo es la poesía en sí, *la cosa*, que tú dices. ¿No ves algún resquicio en que sea posible el equilibrio? El equilibrio entre *la cosa* y lo que

no es *la cosa*”. Pero Álvaro se enroca: “Comprometido sólo con la literatura... Si encima de la literatura, tienes que ser político, no tienes tiempo”. Yo no claudico, y le hago ver que ha habido casos posibles, ese Galdós que supo hacer novelas geniales, divertidas, *literarias*, y con tanto que criticar ideológicamente. O Unamuno, más reciente en nuestra historia... Aquí, me interrumpe: “En Unamuno, creo, se impone un poco la novela de tesis, y eso es muy peligroso, porque puede ser mayor la tesis que el lenguaje”. Deja que corra un nuevo silencio, y aquí no por darme tiempo a mí a tomar notas, aunque en realidad lo necesito, sino por dárselo él, para reflexionar. Entonces, me dice: “Si tú te entretienes como escritor y no vas de místico, de redentor, creo que el lector terminará divirtiéndose”. No veo mejor forma de concluir la opinión de Álvaro García, pienso. Le doy las gracias. Él nos ofrece, de regalo, estos versos magníficos:

*Nadie respira porque le apetezca.
Si las palabras deben respirar,
que emigre este poema hacia sí mismo
y sea el verde sol del árbol solo.
La poesía tal vez sea un oxígeno,
un subir a por aire necesario
para bajar después a lo de siempre.*

Fragmento de “Situación”, en *Intemperie* (1995)